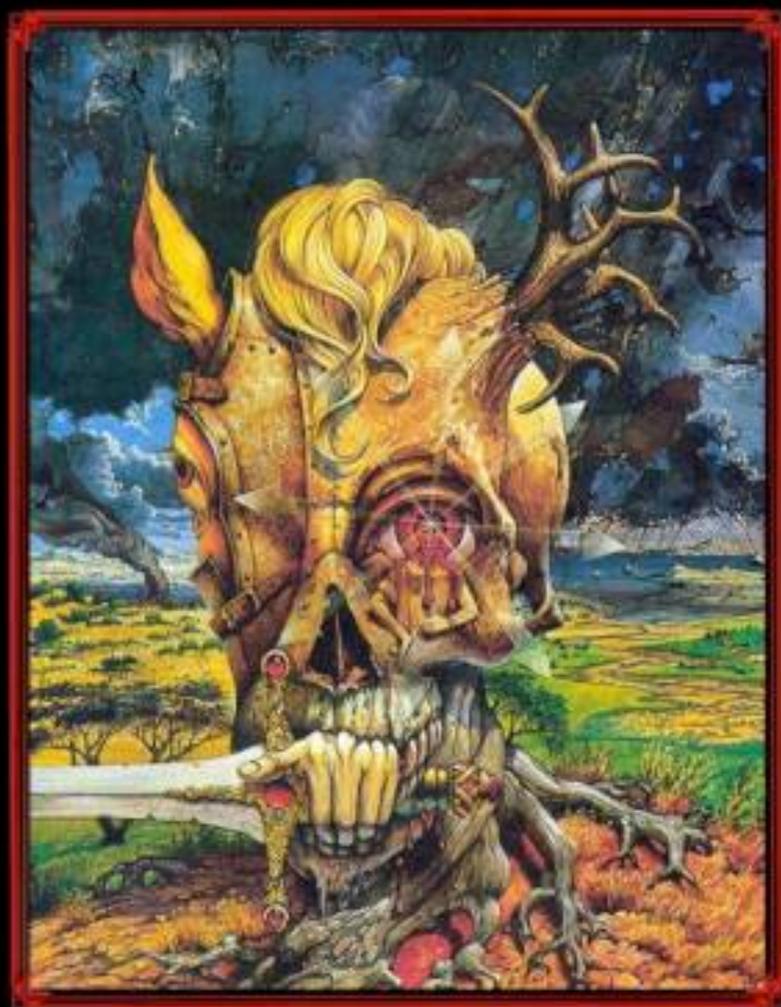


MICHAEL MOORCOCK

CORUM

TRILOGÍA DE CORUM



III

LA ESPADA Y EL CORCEL

Corum Jhaelen Irsei, ha sido arrastrado a través del tiempo para acudir en ayuda del pueblo de los mabden. En medio de una lucha desesperada, Corum se enfrenta también al trágico desenlace de una antigua profecía que le previene de la belleza, un arpa y un hermano. Pero, a pesar de los augurios, Corum está profundamente enamorado de la reina Medhbh y se siente incapaz de abandonar ese plano.

Cuando se avecina el enfrentamiento final con las huestes Fhoi Myore y todo se sabe perdido, Corum, en compañía de Ilbrec, viaja a la isla sagrada de Ynys Scaith en busca de ayuda sobrenatural. Sin embargo, cualquier resto de esperanza se trunca al descubrir que el Emperador de la isla ha hecho un pacto con el hechicero Calatin. Y Corum se descubre inmerso en una situación mucho más terrible de cuanto hubiera podido imaginar.

Para Judith.

## Libro primero

*En el que se reúnen ejércitos y se discuten planes concenientes al ataque contra los Fhoi Myore y Caer Llud. Se solicita el consejo de los sidhi y es dado de buena gana; pero, como suele ocurrir, el consejo crea todavía más perplejidad...*

## I

## Considerando la necesidad de grandes hazañas

Y así emprendieron la marcha hacia Caer Mahlod, y todos acudieron allí. Los guerreros altos y fuertes llegaron con sus mejores arreos, montando fuertes caballos y provistos de buenas armas en cuyo aspecto la magnificencia se unía a lo práctico. Su presencia hizo que los campos que se extendían alrededor de Caer Mahlod ardieran con los vivos colores de sus pabellones de seda y lino y sus estandartes de batalla bordados, el oro de sus brazaletes, la plata de los broches de sus capas, el hierro pulimentado de sus yelmos, la madreperla que adornaba sus copas talladas y se curvaba incrustada en sus arcones de viaje. Eran los más grandes de los mabden y también eran los últimos, el pueblo del oeste, los Hijos Adoptivos del Sol, cuyos primos del este habían perecido hacía ya mucho tiempo en infructuosas batallas con los Fhoi Myore.

Y en el centro de los campamentos se alzaba una tienda mucho más grande que las otras. Era de seda azul marino y carecía de adornos y no había ningún estandarte de batalla alzándose cerca de su entrada, pues el tamaño de la tienda bastaba por sí solo para anunciar que en su interior se hallaba llbrec, el hijo de Manannan-mac-Lyr, quien había sido el más grande de todos los héroes sidhi en las antiguas contiendas con los Fhoi Myore. Al lado de su tienda, las

riendas atadas a un árbol, había un inmenso caballo negro lo bastante grande para sostener el peso del gigante; un caballo cuya inteligencia y energía saltaban a la vista: un caballo sidhi. Aunque era bienvenido en la misma Caer Mahlod, Ilbrec no podía encontrar estancia lo bastante grande para acogerle y había acabado alzando su tienda entre las de los guerreros que se habían ido congregando en los alrededores. Más allá de los campos de los pabellones se alzaban verdes bosques de hermosos árboles, había colinas de suaves pendientes tachonadas con arriates de flores silvestres y matorrales cuyos colores centelleaban cual gemas bajo los rayos del sol que calentaba la tierra; y al oeste de todo aquello brillaba un océano azul salpicado de crestas blancas sobre el que revoloteaban las gaviotas negras y grises. No podían ser vistos desde las murallas de Caer Mahlod, pero en todas las playas cercanas había un gran número de navíos. Habían venido de Gwyddneu Garanhir, y de Tir-nam-Beo. Los navíos eran de varios diseños distintos y de propósitos divergentes, pues algunos eran buques de guerra y otras embarcaciones mercantes, y algunos eran utilizados para pescar en el mar y otros para recorrer los anchos ríos. Todas las embarcaciones disponibles habían sido utilizadas para transportar a las tribus de los mabden hasta aquella gran congregación.

Corum estaba inmóvil en los baluartes de Caer Mahlod con el enano Goffanon junto a él. Goffanon era un enano sólo para los patrones de los sidhi, pues era considerablemente más alto que Corum. Aquel día no llevaba su casco de hierro pulimentado: su enorme y descuidada melena negra fluía sobre sus hombros y se encontraba con su abundante barba negra, de tal manera que resultaba imposible distinguir dónde empezaba la una y dónde terminaba la otra. Goffanon llevaba una túnica muy sencilla de tela azul adornada con bordados de hilo rojo en el cuello y en los puños, y ceñida a la cintura por su gran cinturón de cuero. Sus piernas y sus pies estaban cubiertos por pantalones y

sandalias de cordones que se curvaban alrededor de sus pantorrillas. Una mano inmensa y llena de cicatrices sostenía un cuerno lleno de hidromiel del cual tomaba un sorbo de vez en cuando, y la otra mano permanecía apoyada sobre el pomo de su inevitable hacha de guerra de doble filo, una de las últimas Armas de la Luz, aquellas armas sidhi que habían sido forjadas en otro Reino con el único propósito de combatir a los Fhoi Myore y de las que ya quedaban muy pocas. El enano sidhi estaba contemplando con expresión satisfecha las hileras de tiendas de los mabden.

—Siguen llegando —dijo—. Son buenos guerreros.

—Mas un tanto faltos de experiencia en la clase de campaña que pensamos emprender —dijo Corum.

Observó cómo una columna de mabden llegados del norte cruzaba la explanada que se extendía entre la puerta principal y el foso. Eran hombres altos y robustos vestidos con prendas color escarlata tan gruesas que les hacían sudar, y llevaban cascos adornados con alas o cuernos o sencillamente gorras de batalla, y casi todos lucían una abundante barba pelirroja. Eran los soldados de Tir-nam-Beo, armados con grandes espadas y escudos de hierro redondos, y desdeñaban cualquier otra arma salvo los cuchillos envainados en cinturones que cruzaban sus pechos. Sus rasgos morenos estaban pintados o tatuados para hacer todavía más temible su ya feroz aspecto. De todos los mabden que aún subsistían, aquellos hombres de las montañas del norte eran los únicos que vivían básicamente de la guerra, pues lo que ellos consideraban como los aspectos más blandos y despreciables de la civilización mabden habían ido expulsándolos poco a poco de la tierra en la que habían decidido vivir. A Corum le recordaron un poco a los antiguos mabden, los mabden seguidores del Conde de Krae que en tiempos le había perseguido a través de aquellas mismas colinas y acantilados, y por un momento Corum volvió a maravillarse ante su decisión de servir a los descendientes de aquellas gentes tan crueles y parecidas a bestias salva-

jes. Un instante después se acordó de Rhalina, y comprendió por qué estaba haciendo lo que hacía.

Corum giró sobre sí mismo para contemplar los tejados de la ciudad-fortaleza de Caer Mahlod, apoyó la espalda en un muro y aflojó los músculos relajándose para disfrutar del calor del sol. Había transcurrido más de un mes desde la noche en la que se detuvo al borde del abismo que separaba el Castillo Owyn del continente y gritó su desafío al arpista Dagdagh, que Corum estaba convencido moraba en las ruinas. Medhbh se había esforzado de todas las maneras posibles para consolarle y hacerle olvidar sus pesadillas y había tenido bastante éxito en su empeño, pues Corum había acabado atribuyendo sus pesadillas al agotamiento y los peligros que había corrido. Lo único que necesitaba era descanso, y ese descanso había traído consigo un cierto grado de tranquilidad.

Jhary-a-Conel apareció en el tramo de escalones que conducía hasta los baluartes. Llevaba su familiar sombrero de ala ancha, y su gatito blanco y negro estaba cómodamente instalado sobre su hombro izquierdo. Jhary-a-Conel saludó a sus amigos con su habitual sonrisa jovial.

—Acabo de volver de la ensenada. Han llegado más navíos... Vienen de Anu, y por lo que he oído comentar son los últimos. Ya no queda ninguna embarcación más por enviar.

—¿Más guerreros? —preguntó Corum.

—Unos cuantos, pero básicamente han traído pieles y prendas de abrigo..., todas las que han podido reunir las gentes de Anu.

—Estupendo —dijo Goffanon asintiendo con su enorme cabeza—. Al menos estaremos razonablemente bien equipados cuando nos aventuremos en las Tierras de la Escarcha de los Fhoi Myore...

Jhary se quitó el sombrero y se limpió el sudor que perlaba su frente.

—Resulta difícil imaginar que el mundo sea tan frío a una distancia comparativamente tan corta de aquí. —Jhary-a-Conel volvió a ponerse el sombrero, deslizó una mano dentro de su jubón y sacó de él un trocito de madera aromática con el que empezó a hurgarse los dientes mientras se unía a ellos. Su rostro adoptó una expresión pensativa, y su mirada fue más allá del baluarte en el que se encontraban—. Así que éstas son todas las fuerzas de los mabden: unos cuantos millares de guerreros.

—Contra cinco —dijo Goffanon en un tono casi desafiante.

—Cinco dioses —replicó Jhary mirándole fijamente—. Mantener alta nuestra moral no debe hacernos olvidar el poder de nuestros enemigos. Y después está Gaynor, y los ghoolegh, y el Pueblo de los Pinos, y los Sabuesos de Kerenos, y... —Jhary guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar—. Y Calatin —añadió por fin en voz baja y en un tono casi melancólico.

El enano sonrió.

—Cierto —dijo—, pero hemos aprendido a enfrentarnos con casi todos esos peligros y a superarlos. Ya no son la gran amenaza que eran antes. El Pueblo de los Pinos teme al fuego, y Gaynor teme a Corum. En cuanto a los ghoolegh... Bueno, todavía tenemos el cuerno sidhi. Eso también nos proporciona poder sobre los sabuesos. Y en cuanto a Calatin...

—Es un mortal —dijo Corum—. Se le puede matar, y tengo la firme intención de dedicar todas mis fuerzas y mis recursos a esa tarea en particular. Calatin sólo tiene poder sobre ti, Goffanon. Y... Bueno, ¿quién sabe? Ese poder muy bien podría estar debilitándose en estos mismos instantes.

—Pero los Fhoi Myore no temen a nada —dijo Jhary-a-Conel—, y eso es algo que debemos recordar.

—Hay una cosa de este plano a la que temen —dijo Goffanon volviéndose hacia el Compañero de los Héroes—.

Craig Dôn les inspira un gran temor, y eso es lo que no debemos olvidar jamás.

—Los Fhoi Myore tampoco lo olvidarán jamás, y nunca irán a Craig Dôn.

Goffanon el herrero arrugó la frente en un fruncimiento que unió sus negras y frondosas cejas.

—Quizá lo harán —dijo.

—No debemos pensar en Craig Dôn, sino en Caer Llud, pues ése es el lugar que atacaremos —dijo Corum mirando a sus amigos—. En cuanto Caer Llud haya sido conquistado, nuestra moral mejorará considerablemente. Esa hazaña dará nuevas fuerzas a nuestros hombres y permitirá que acabemos con los Fhoi Myore de una vez y para siempre.

—Se necesitan grandes hazañas, cierto, y también mucha astucia —dijo Goffanon.

—Y aliados —dijo Jhary en un tono de honda emoción—. Más aliados como tú, buen Goffanon, y como llbrec el de la piel dorada... Sí, necesitamos más amigos sidhi.

—Mucho me temo que ya no quedan más sidhi aparte de nosotros dos —murmuró Goffanon.

—¡No es propio de ti expresar pensamientos tan teñidos de melancolía, amigo Jhary! —Corum puso su mano de plata sobre el hombro de su compañero—. ¿Qué ha causado esta repentina tristeza? ¡Somos más fuertes de lo que jamás lo habíamos sido en el pasado!

Jhary se encogió de hombros.

—Quizá se deba a que no entiendo las costumbres y la manera de ser de los mabden —dijo—. Me parece que hay demasiada alegría en todos estos recién llegados, como si no comprendieran el peligro que van a correr... ¡Es como si hubieran acudido para celebrar un torneo amistoso con los Fhoi Myore, en vez de para librar una guerra a muerte de la cual depende el destino del mundo entero!

—Así pues, ¿crees que deberían estar apenados y lamentarse? —preguntó Goffanon con asombro.

—No...

—¿Deberían acaso darse ya por muertos o considerarse derrotados?

—Por supuesto que no...

—¿Deberían quizá entretenerse los unos a los otros con elegías funerarias en vez de con alegres canciones? ¿Deberían andar cabizbajos y con los ojos llenos de lágrimas?

Los labios de Jhary empezaron a curvarse en una sonrisa.

—Supongo que tienes razón, enano monstruoso. Lo que ocurre es sencillamente que... Bueno, que he visto muchas cosas. He tomado parte en muchas batallas, pero hasta este momento jamás había visto a unos hombres que se preparasen para morir con lo que me parece tanta falta de preocupación.

—Creo que ésa es la manera de ser de los mabden —dijo Corum. Miró a Goffanon y vio que el enano sonreía de oreja a oreja—. Y la han aprendido de los sidhi...

—¿Y quién puede afirmar que se preparan para enfrentarse a su muerte y no a la muerte de los Fhoi Myore? —añadió Goffanon.

Jhary se inclinó ante él.

—Acepto lo que dices, y me da ánimos. Lo encuentro extraño, nada más, e indudablemente es el que me resulte tan extraño lo que me hace sentirme un poco inquieto y preocupado.

Corum estaba un poco desconcertado ante aquel nuevo estado de ánimo de su amigo, quien normalmente siempre se mostraba alegre y despreocupado, e intentó sonreír.

—Vamos, Jhary... Ese lúgubre entristecimiento no es nada propio de ti. Normalmente es Corum quien se apena y Jhary quien sonríe...

Jhary suspiró.

—Cierto —dijo casi con amargura—. Supongo que no estaría bien que olvidáramos nuestros papeles precisamente en este momento, ¿verdad?

Y se alejó de ellos, y caminó a lo largo de los baluartes hasta que llegó a un punto de ellos donde se detuvo y clavó los ojos en la lejanía, dejando muy claro con su comportamiento que no deseaba seguir conversando con sus amigos.

Goffanon alzó la mirada hacia el sol.

—Ya casi es mediodía —dijo—. He prometido que aconsejaría a los herreros de los Tuhana-Anu sobre cómo resolver los problemas especiales que presenta la forja y el equilibramiento de un nuevo martillo especial que hemos concebido juntos. Espero que podré volver a hablar contigo esta noche, Corum, cuando todos nos reunamos para discutir nuestros planes.

Corum alzó su mano de plata en un saludo mientras el enano bajaba por el tramo de escalones y se alejaba por una angosta calleja que llevaba a la puerta principal.

Durante un momento Corum sintió el impulso de reunirse con Jhary, pero no podía resultar más obvio que Jhary no necesitaba compañía en aquellos momentos. Pasado un rato Corum también bajó por el tramo de escalones y fue en busca de Medhbh, pues había sentido repentinamente una abrumadora necesidad de hallar consuelo en la presencia de la mujer a la que amaba.

Mientras se dirigía hacia la sala del trono se le ocurrió pensar que quizá estaba empezando a depender en exceso de la joven. Había momentos en los que tenía la sensación de necesitarla igual que otro hombre hubiese podido necesitar la bebida o una droga. Medhbh parecía responder con entusiasmo y de buena gana a esa necesidad, pero quizá no fuera justo someterla a las exigencias que Corum hacía pesar sobre ella. Mientras iba en su busca, Corum vio con toda claridad que la relación que se había ido desarrollando entre ellos contenía las semillas de lo que podía acabar siendo una gran tragedia. Se encogió de hombros. Las semillas no tenían por qué ser protegidas y alimentadas. Podían ser destruidas. Aunque la parte más importante de su

destino estuviera determinada de antemano, aún quedaban ciertos aspectos de su personalidad que podía controlar.

—Seguramente tiene que ser así —murmuró para sí mismo.

Una mujer que pasaba por la calle le miró, creyendo que Corum se había dirigido a ella. Sus brazos sostenían un montón de bastones que serían utilizados como astiles de lanza.

—¿Mi señor...?

—He observado que nuestros preparativos parecen ir bien —dijo Corum, sintiéndose un poco avergonzado al haber sido sorprendido hablando solo.

—Así es, mi señor. Todos trabajamos para hacer posible la derrota de los Fhoi Myore. —La mujer alzó su carga de bastones—. Gracias, mi señor...

—Sí... —Corum asintió con una vacilante inclinación de cabeza—. Sí... Muy bien. Bueno, te deseo que tengas un buen día.

—Os deseo un buen día, mi señor.

La mujer parecía levemente divertida.

Corum siguió adelante con la cabeza baja, y mantuvo los labios apretados hasta haber llegado a la sala del trono del rey Mannach, el padre de Medhbh.

Pero Medhbh no estaba allí.

—Está haciendo prácticas de armas junto con algunas mujeres, príncipe Corum —le dijo un sirviente.

El príncipe Corum fue por un túnel que le llevó a una estancia de techo muy alto y grandes dimensiones adornada con viejos estandartes de batalla y armas antiguas en la que una veintena de mujeres se estaban entrenando con el arco, la lanza, la espada y la honda.

Medhbh estaba allí, haciendo girar su honda para lanzar proyectiles contra un blanco que se alzaba en el extremo opuesto de la estancia. Era famosa por su gran habilidad con la honda y el tathlum, aquel horrendo proyectil obteni-

do a partir de los sesos de un enemigo caído al cual se creía poseedor de una considerable eficacia sobrenatural. Corum entró en la estancia en el mismo instante en que Medhbh lanzaba su proyectil contra el blanco y el tathlum se estrelló justo en su centro, haciendo que la delgada lámina de bronce tintineara y que el blanco, que colgaba del techo sostenido por una cuerda, girase locamente sobre sí mismo reflejando con destellos cegadores la luz de las antorchas que ayudaban a iluminar la estancia.

—¡Saludos, Medhbh del Largo Brazo! —gritó Corum, y su voz creó ecos que resonaron entre las paredes.

Medhbh se volvió, satisfecha de que Corum hubiera podido ser testigo de su destreza.

—¡Saludos, príncipe Corum! —Dejó caer la honda al suelo y corrió hacia él, le abrazó y escudriñó su rostro. Después frunció el ceño—. ¿Has vuelto a caer en la melancolía, amor mío? ¿Qué pensamientos te inquietan? ¿Han llegado nuevas de los Fhoi Myore?

—No. —Corum la abrazó, consciente de que algunas mujeres les estaban mirando—. He sentido la necesidad de verte, nada más... —añadió en voz baja.

Medhbh le sonrió con una inmensa ternura.

—Me siento muy honrada, príncipe sidhi.

Esa elección de palabras, que subrayaba las diferencias de sangre y pasado existentes entre ellos, tuvo el efecto de trastornar todavía más a Corum. La miró fijamente a los ojos, y su mirada no tenía nada de amable o cariñosa. Medhbh reconoció aquella expresión, puso cara de sorpresa y retrocedió un paso mientras sus brazos caían a los lados. Corum comprendió que había fracasado en el propósito que le había llevado a visitarla, pues sólo había conseguido que Medhbh también se preocupara. La había alejado de él y, sin embargo, ¿acaso no había sido ella la que había empezado a crear ese distanciamiento mediante su observación? Su sonrisa había estado llena de ternura, cierto, pero aun así las palabras surgidas de sus labios habían

conseguido herir de alguna manera inexplicable a Corum en lo más hondo de su ser.

—Ahora que esa necesidad ha quedado satisfecha, iré a vera Ilbrec —dijo secamente mientras giraba sobre sí mismo.

Deseaba que Medhbh le pidiera que se quedase, pero sabía que hacerlo le resultaba tan imposible como a él quedarse, y Corum salió de la estancia sin decir palabra.

Y maldijo a Jhary-a-Conel por haber infiltrado sus lúgubres pensamientos en la atmósfera del día. Corum esperaba otras cosas de él, y mucho mejores que ésa.

Y, sin embargo y siendo justo, Corum también sabía que se esperaba demasiado de Jhary y que Jhary había empezado a sentirse molesto por ello —aunque sólo fuera durante unos momentos—, y comprendía que él, Corum, estaba confiando excesivamente en las fuerzas de otros y no lo suficiente en las suyas.

¿Qué derecho tenía a exigir ese apoyo si se complacía en sus propias debilidades?

—Puede que sea el Campeón Eterno —murmuró al llegar a sus aposentos, que había pasado a compartir con Medhbh—, pero parece que hay momentos en los que también soy el eterno melancólico que se compadece de sí mismo.

Y Corum se acostó sobre su lecho y pensó en su carácter, y acabó sonriendo, y la tristeza se fue desvaneciendo poco a poco.

—Resulta obvio —dijo—. La inactividad no me sienta nada bien, y además estimula y nutre los aspectos más bajos de mi carácter. Mi destino es el de un guerrero. Quizá debería concentrar mi atención en las grandes hazañas, y dejar todo lo referente a las ideas y los planes en las manos de aquellos que están más capacitados que yo para pensar...

Se rió, y empezó a ver con un poco más de tolerancia sus propias flaquezas, y decidió que en lo sucesivo no vol-